

la **R**evista

para leer en verano

DOMINGO 19 DE SEPTIEMBRE DE 2004



LITERATURA

Relatos de verano

HOY:

- **El columpio asesino**, de Serafín Sánchez.
- **El mejor amigo del mundo**, de Ignacio del Valle.
- **Acaso creen que soy un imbécil**, de Guillermo Fadanelli.
- **Celia y Toño**, de Juan Carlos Menéndez.
- **El inspector de equipajes**, de Eloy Tizón.

SUPLEMENTOS INTERIORES

DE DOMINGO:
¿Se ha vuelto loco el clima?

Veranos más calurosos y lluvias torrenciales. Si no se toman medidas, el efecto invernadero podría elevar las temperaturas hasta 5,8 grados.



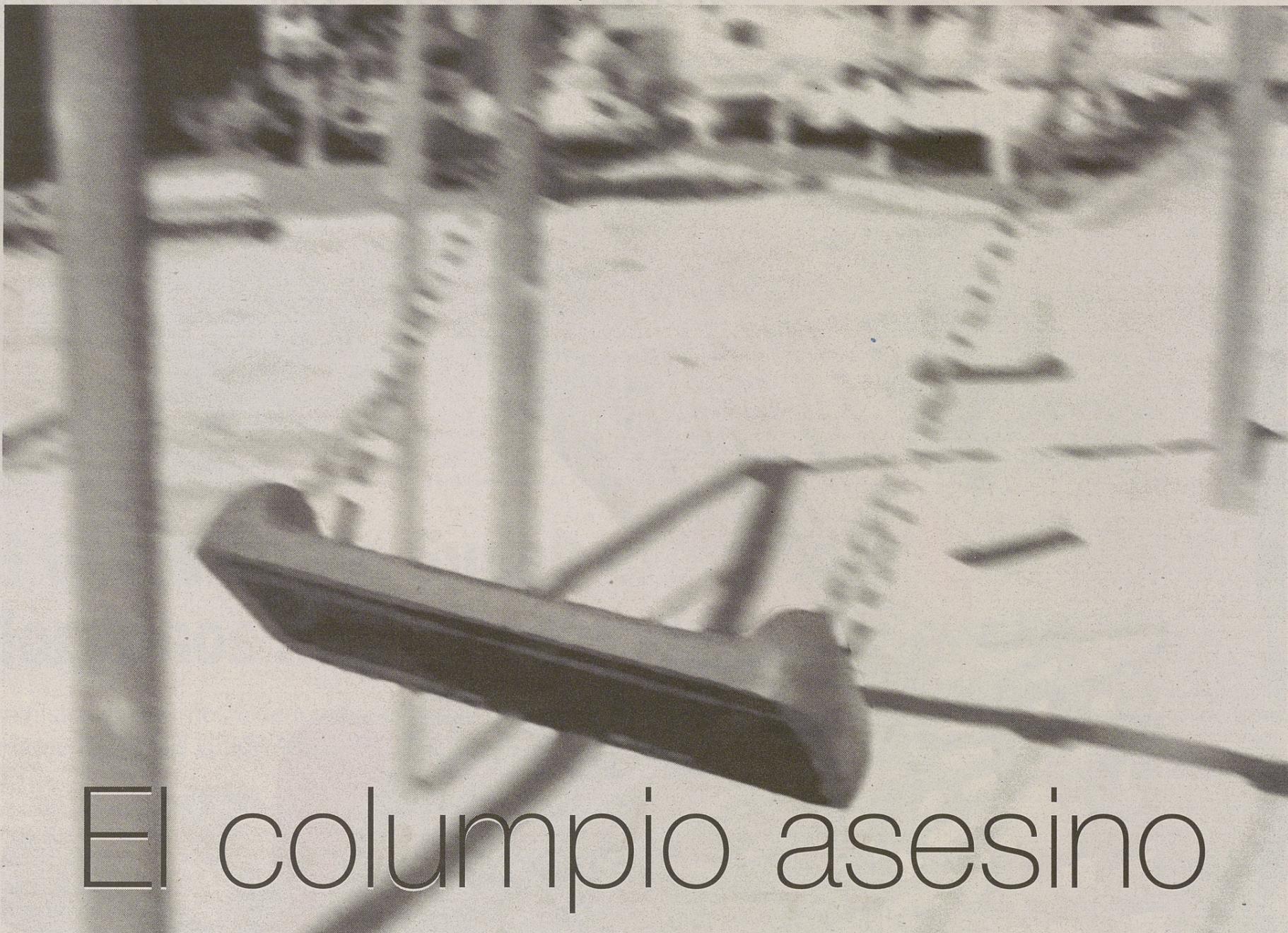
EL RASTRO DE ÁVILA

Información económica, empleo, formación...

Suplemento de 16 páginas

RELATOS DE VERANO

'El columpio asesino' narra la desasosegante historia en que se ven envueltas unas madres y sus hijos a plena luz del día y en un escenario en las antípodas de lo que podría considerarse un lugar de terror: un parque infantil, un espacio de diversión, de desinhibición, de juegos y de comunicación, convertido, de pronto, en un paisaje pesadillesco por mor de un columpio tan letal como una serpiente bíblica.



El columpio asesino

por Serafín Sánchez González

NADIE se daba cuenta. Nadie podía tampoco comprenderlo. Pero allí estaba, en medio del parque, clavado en la tierra, unas veces quieto, otras balanceándose por el viento.

-¿Sabes quién ha muerto? -dijo una madre a otra.

-Pues no, ¿quién?

-El hijo de Feli, la de Eduardo, el médico.

-¿Y cómo?

-Aquí, dicen. Fue en una abrir y cerrar de ojos.

-¿Aquí?

-Sí, en el columpio.

-¿Qué?

-Lo que oyes.

-¿No estarás de broma?, mira que esto no tiene la más mínima gracia.

-¿Broma, gracia, dices? -contestó, advirtien-

do en el rostro de su amiga una cierta expresión de perentoriedad e impaciencia, no exenta de un principio de consternación e inquietud.

-Pues, hija, me dejas...

De pronto, las dos madres, tras estos y otros parlamentos, buscaron a sus hijos con la mirada, una niña, Carla (de ocho años y morena) y el niño, Jonás (de nueve, rubio y pecos), que se encontraban jugando un poco más allá, en el túnel de madera. Al controlarlos y comprobar que estaban bien, suspiraron al unísono y se miraron con una breve sonrisa amistosa.

Se había levantado un poco de viento. El columpio se puso a oscilar. Y como si este movimiento hubiera actuado como una suerte de reclamo, uno de los otros niños que por allí andaban, bien jugando en el caballito de

madera, coloreado y con un grueso y rígido muelle en lugar de patas, bien a la pelota que se pasaban de unas manos a otras; uno de los niños, decía, que se fijó con sus tiernos e inocentes ojos en que el columpio que se movía y parecía llamarlo, se lanzó a la carrera hasta él para montarlo.

Nadie se daba cuenta. Nadie vio el momento en que el niño ocupó el columpio vacío y cómo su vaivén iba creciendo en velocidad y subiendo en altura. Nadie pudo dar la voz de alarma para ir a detenerlo y salvar al niño, que lloraba amargamente, queriendo bajarse y no poder hacerlo porque no sabía qué le ocurrían a las cadenas que no cesaban de moverse, cada vez más deprisa, ni a esa voz quejumbrosa que salía de los empalmes del travesaño de arriba, que gemía y gemía chirriante, ensordecedora, bajo la madera agrietada, y como ocultando, camuflando inteligentemente los gritos del crío.

Estrangulado por el miedo, allí lo encontraron, yerto y pálido, con las manitas aferradas a las cadenas, la boca abierta y los ojos aún llorosos. Pero muerto. Muerto de pavor. Ahogado por el vértigo y el susto.

Las madres comenzaron a plañir y a mal-

“ Nadie se daba cuenta. Nadie vio el momento en el que el niño ocupó el columpio vacío ”

decir. Nadie podía comprenderlo y todos, salvo los niños (muchos rompieron a llorar amargamente), miraban al cielo, tratando así de buscar allí una explicación o un culpable.

Pasó el día, bastante ventoso por cierto. Y una noche más cayó sobre la ciudad. Se supo en los colegios que algunos de los niños que habían sido testigos de aquella muerte extraña y absurda, tuvieron un largo y agitado sueño asaltado por pesadillas terribles y no atendían en clase ni dejaban de bostezar, aturcidos, pálidos, sin aquel tono sonrosado característico y habitual de sus mejillas, sin aquella alegría de siempre, sin aquel ruido de ilusión y de vida. Andaban como sonámbulos, muy afectados por el impacto de haber visto a la muerte tan cercana, por haber comprobado

cadenas se lanzaban al cielo, el niño, Jonás, volaba y lloraba y quería pararlo y bajarse. Pero todo fue inútil. Alarmada por los lastimeros chirridos que ahogaban aquel llanto desesperado, la madre, en un primer momento, clamó al cielo, con las manos en la cabeza o la boca, gritando desafortadamente igual que una posesa, o una loca presa de su histeria, en tanto su amiga suplicaba que alguien llamara a su padre (que andaba trasteando en el garaje de un chalé próximo) para que fuera a socorrerlos, y a la policía y a los bomberos. Si bien, nadie hacía caso. Y todos miraban al niño y al columpio, que ahora, de pronto, de tan rápido que iba y del ríspido viento que formaba a su alrededor, daba la impresión de que iba a salir volando, arrancándose de cuajo

“ Se supo que algunos de los niños que habían sido testigos de aquella muerte extraña y absurda, tuvieron un largo y agitado sueño ”

con sus propios ojos que también los niños morían y no sólo los viejos, como ellos creían.

Pero a la salida del Colegio, después de merendar, ya había otros niños y otras madres en la zona del recreo, un poco a las afueras de la ciudad, una lugar sosegado y amplio, donde se podían percibir los perfumes de las rosas de mayo, y del romero, y las lilas, donde uno podría seguir tranquilamente el vuelo de las aves aterrizando muy próximas en busca de semillas, bayas, insectos con que aliviar su hambre primaveral o acarrear alimento para sus polluelos recién salidos del cascarón con los estómagos vacíos y los amarillos picos abiertos, un lugar donde contemplar el sol impresionante a la hora del crepúsculo.

-¡Eh, niños, no os acerquéis al columpio! - chilló una madre a un grupo de niños que merodeaba mirándole muy cerca-. Los niños, asustados, decidieron alejarse a la carrera, y se subieron por una escalera para mirar por un catalejo de mentira al horizonte verdegueante y azulado, o al cielo claro y sin estrellas, o a las propias madres, gesticulantes y habladoras.

A pesar de lo de ayer, esa tarde también estaban Carla y Jonás.

No sé qué tienen los niños, no sé qué ocurre en su corazón o bulle en su mente, que siempre están dispuestos a dejarse atraer y arrastrar por los peligros, aunque éstos les hayan sido advertidos y se les tengan prohibidos. El caso es que Jonás, aprovechando una distracción de su madre, que platicaba muy violentamente con su amiga, se aproximó de puntillas hacia el columpio, el cual ahora parecía respirar tranquilo y sin el más mínimo gesto y movimiento en sus cadenas y tornillos. Sin pensárselo dos veces, se montó en él y lentamente, muy lentamente, con algo de miedo en el cuerpo pero obstinado, comenzó a empujarlo, impulsándose con su pecho y buscando un tímido vaivén. Pero el columpio, una vez sintió el peso del siguiente visitante, enseguida tomó las riendas del juego y se puso a moverse cada vez más deprisa y más alto. Los tornillos iniciaron su chirrido, las

de donde estaba clavado.

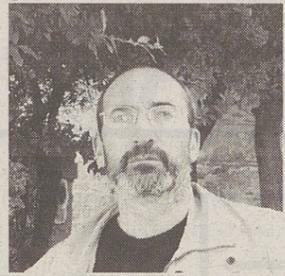
En un arranque de desesperación, la madre de Jonás, con lágrimas en los ojos, fue a plantarse delante del columpio y éste la despidió con brutal violencia, lanzándola unos metros más allá, donde murió en el acto (su cabeza se había estrellado contra el filo de la escalera del mirador de madera y no cesaba de manar sangre; el mirador al que había subidos dos niños mirándolo todo por el falso catalejo, riéndose tal si pensaran que todo formara parte de un juego, una representación como muchas de las que solían hacer en el Colegio). Y no comprendieron nada, si bien, en sus rostros risueños, se hizo un compartido lloriqueo.

Cuando el columpio hubo parado, Jonás ya estaba muerto, estrangulado por el miedo, rígido, con las manos aferradas fuertemente a las cadenas, el rostro pálido y la boca abierta; unas lágrimas pequeñas se escurrían todavía de sus ojos vidriosos y desorbitados por el terror.

Y no quedó todo ahí. Hubo protestas y quejas para que retirasen el columpio y lo quemaran. Sin embargo, como esto no dejaba de ser absurdo, las autoridades no sabían lo que hacer, y de momento esperaron a los resultados de las investigaciones policiales. «Es cosa de brujería», comentaban algunas voces. «Es cosa del demonio», aseguraban otras. «Es un castigo divino», concluían otras. Mientras tanto, el columpio seguía allí, clavado al suelo, casi en el centro del parque. Ya ni siquiera los pájaros se posaban en él. Nadie tampoco lo miraba ni se atrevía a desafiarlo. Algunos niños, eso sí, lo insultaban y escupían y tiraban arena y piedrecitas. El columpio, por su parte, tan sólo se limitaba a esperar a la próxima presa. Y así fue que tuvo lugar el siguiente ataque pero no la última muerte; el columpio no mataría ya más.

Fue una tarde de sábado. Las cigüeñas crotaban en las torres y las espadañas. Los gorriones gorjeaban y danzaban contentos por el aire cálido. De cuando en cuando llegaban del jardín y del campo ráfagas impregna-

Serafín Sánchez González



Serafín Sánchez González (Ávila, 1962). Diplomado en Profesorado de EGB (Especialidad Ciencias Humanas) y licenciado en Filosofía por la UNED, es escritor, poeta y ensayista, además de colaborador habitual de 'La Revista', el suplemento dominical de 'Diario de Ávila'. Entre sus obras destacan: en novela corta: *Las lágrimas de Virginia*, *La exposición* y *La estación*; en novelas: *Cuéntamelo*

todo Mister Hyde y *La primera y última vez que fue soldado* y en poesía: *De clásica*. Ha publicado artículos, relatos y cuentos en 'Diario de Ávila' y 'El Cobaya'. Serafín Sánchez es también miembro colaborador de la Institución Gran Duque de Alba.

das del olor a hierba recién cortada y a amapolas despetaladas. Era un día feliz y luminoso. Los niños jugaban desafórados y se divertían recorriendo a gatas el túnel de madera, subidos al mirador para contemplar las casas de la ciudad y el aire lleno de aves negras que sobrevolaban el cielo girando en círculo sin cansarse ni detenerse. Nadie había prohibido ni clausurado nada: el parque curiosamente seguía tal cual, y abierto al público. Las madres platicaban. Daba la sensación de que nada hubiera ocurrido y de que todo siguiera sumido en una paz lerda y soñolienta, todo viviera y latiera en el letargo de un prematuro verano, en la confianza de una convivencia encantada y maravillosa, en el paraíso de una inocencia sin dolor ni penas ni desgracias. Como si, en definitiva, la ciudad, fuera la ciudad de la vida, nunca de la muerte, los llantos y entierros de ataúdes blancos y tumbas diminutas.

Carla quiso vengarse por lo que le había hecho a su amigo. Su madre estaba sentada platicando con otras dos mujeres. Fue dando un rodeo para sorprenderlo por detrás. Y cuando estuvo lo necesariamente cerca, lo pegó un puntapié. El columpio no se inmutó. De pronto, una leve brisa acarició las hojas de los árboles y sopló los tirabuzones azabachados de su hermoso y largo cabello, prendido con una horquilla con el emblema brillante de Mickey Mouse. Y justo en el momento en que le iba a propinar otra rabiosa patada, su madre, trágicamente, la llamó a voces y se levantó corriendo hacia a ella. No hubo tiempo, dado que las cadenas, retorciéndose hábilmente, ya habían rodeado sus manos atrapando a continuación y trayendo hasta sí su menudo y vivo cuerpo. Y cual dos musculosos brazos armados, la habían alzado para sentarla. No bien hubo hecho que llegar la madre, cuando el columpio se había puesto en movimiento. La madre lo sujetó con todas sus fuerzas y toda su desesperación. Ambos lucharon. Otros vinieron a socorrerla. Hasta que un gran círculo se formó en rededor, cayendo valientemente sobre él e impidiéndole coger impulso. Afortunadamente, con esta ayuda colectiva y precisa, Carla se salvó. Su madre, sin saber lo que hacía, le dio dos bofetadas y luego la pegó en el trasero. Pero Carla estaba demasiado asustada para llorar.

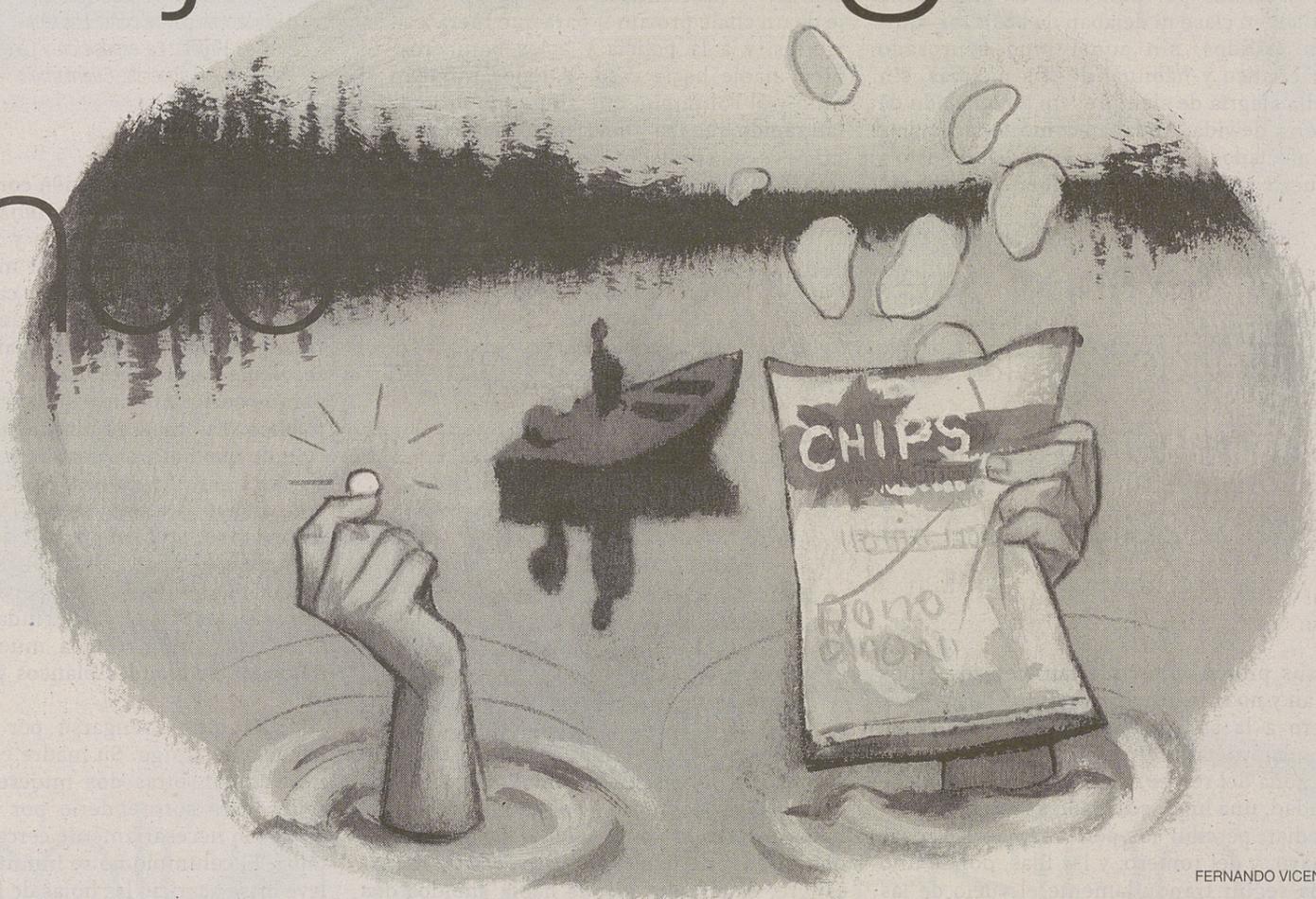
Al cabo de media hora, el parque se quedó desierto.

Al día siguiente, muy de mañana, ya estaban los operarios del Ayuntamiento con sus palas y sus picos, una sierra, martillos, llaves y hasta una alcotana, desclavando y desmontando el columpio. Lo cargaron a un remolque y se lo llevaron al vertedero del barranco, donde procedieron a prenderlo fuego. En este instante, una voz aguda y profunda surgió desgarrada de entre las llamas. Los operarios, que fumaban a gusto contemplando satisfechos su trabajo, se miraron un tanto sorprendidos y se santiguaron, recogiendo rápidamente sus chaquetas y subiéndose al tractorillo para salir de estampía, huyendo despaavoridos, espoleados por miedo.

**RELATOS DE
VERANO**

Nuestro narrador nos cuenta cómo averiguó quién era para él su mejor amigo. Y lo hace acosado por la ansiedad en una tarde lluviosa y melancólica mientras atraviesa la ciudad, recordando su pasado, sentado en una lujosa limusina. Nos habla de Frank, que mantenía la creencia de que el azar es un pez que muerde el anzuelo peor dispuesto. Con él solía ir a pescar con relativa frecuencia. Ahora ya no son amigos.

El mejor amigo del mundo



FERNANDO VICENTE

por Ignacio del Valle

A veces no consigo separar lo que realmente sucedió de lo que imagino. Llovía. Eso es seguro. A través de la ventanilla de mi limusina contemplaba una lluvia melancólica; una de esas que actúa a modo de catalejo y te permite escudriñar actos lejanos, figuras viejas. Las gotas que resbalaban por el cristal parecían lágrimas que fuesen resbalando por toda mi vida. Enseguida me vi acosado por la ansiedad. Había recorrido la mitad de la ciudad con aquella cosa negra en mi cabeza cuando el chófer detuvo el vehículo en un semáforo. En el mismo instante en que el ámbar cambió a rojo, un tipo andrajoso saltó de la acera y comenzó a hacer un zigzag de coche en coche ofreciendo dios sabe qué. Yo hice tiempo vigilando su ritual de supervivencia para evitar tener que pensar en todo lo que bullía en mi cabeza. A medida que el individuo recibía negativas por respuesta, su rostro se iba acercando progresivamente a mi ventanilla. No sabía qué era, pero había algo vagamente familiar en su figura. Dejé de mirarle por unos segundos para servirme una copa en el bar portátil y cuando volví a contemplarle su rostro ya estaba prácticamente pegado a la luna tintada y haciendo visera con las manos. Primero me sobresalté. Y luego tuve miedo, mucho miedo. Aquello

era imposible. Al cabo de los años y de la vida allí estaba de nuevo. Frank. Andaba sobrado de huesos, sin apenas dientes en su sonrisa y una mirada de trapo que indicaba insania, pero era él. Sabía que no podía verme a través de los cristales polarizados, pero miraba con una mirada ciega y más viva que el cuerpo que la sostenía. La misma que me había dedicado la última vez que fuimos a pescar juntos.

El azar es un pez que muerde el anzuelo peor dispuesto, me repetía siempre cuando llegábamos al centro del lago al que solíamos ir. Utilizábamos un viejo bote de madera de tres metros y pico que tenía tendencia a balancearse. Alrededor, una naturaleza agreste y despoblada era lo único que se vislumbraba en kilómetros. La pesca no nos importaba tanto como aquellos instantes de paz en los que compartir alguna cerveza y un poco de charla. Hurgábamos en la caja de aparejos, montábamos la caña, fijábamos la vista en el flotador del sedal y hablábamos. De vez en cuando Frank removía su cuerpo de oso haciendo peligrar la estabilidad de la barca. Frank era un tipo casado, con dos niños, que regentaba un almacén de piezas de recambio para automóviles; alguien que no aspiraba a ninguna gloria ni a ninguna felicidad mayor que la de poder disfrutar los fines de semana de unas cuantas horas de aburrimiento activo. Yo era todo lo contrario, un fracasado que se había

pasado la vida intentando alcanzar el éxito y que veía como con cada conquista en el mundo real se iba alejando un poco más de sus sueños. A veces le tenía envidia, pero otras sentía un extraño rencor, ganas de castigarle por su desidia. Nunca dejaba de preguntarme si Frank era alguien lo bastante diferente de los hombres o lo bastante estúpido como para despreciar hasta su propia ambición. Me ponía de los nervios cuando comentaba que ojalá fuese millonario y me contaba las cosas que haría, sabiendo que nunca movería un dedo por conseguirlo. Tras un par de horas de echar el anzuelo nos dispusimos a comer. Él sacó uno de sus grasientos bocadillos haciendo peligrar la estabilidad de la barca. Nunca tenía miedo de nada, ni siquiera de caerse al agua sin saber nadar. Compartimos la cerveza y algunos embutidos, y tras devorar todo lo que traía en la mochila aún sacó una enorme bolsa de patatas fritas que abrió con un sonoro desgarrón. Jordan Chips, las patatas de los sueños, dijo con una gran sonrisa infantil mientras me mostraba el reverso crujiente de la bolsa. Aquella marca de patatas fritas era la más famosa del país. Entre los miles de paquetes que descansaban en las estanterías de las tiendas había uno que contenía el futuro de quien lo abriese: un granito de oro con un logo microscópico que sería canjeado en la sede central de la marca por un millón de dólares. Frank hundió sus manos entre el aceite y la sal de las patatas llenándose la boca meticulosamente hasta no poder apenas articular palabra. Aún así continuaba farfullando sus estúpidos proyectos de encontrar el ansiado granito. Yo odiaba eso. Lo odiaba con toda mi alma. Me deslicé hasta la popa de la barca

“ Dejé de mirarle un instante para servirme una copa en el bar portátil ”

haciendo que comprobaba una de las cañas y evitar así el espectáculo, cuando Frank empezó a toser atragantado por su pantagruélico atracón. Le acerqué lo más rápido que pude una cerveza y le palmeé la espalda. Acabó por vomitar un repugnante grumo de patatas y se bebió de un solo trago la cerveza. Yo pensaba que había sorteado ya la contrariedad, pero continuaba pálido. Pálido y sudoroso. Le pregunté qué le ocurría, sin obtener respuesta. Creí que le estaba dando un ataque. Entonces me fijé en su brazo. Lo tenía rígido, con el puño fuertemente cerrado. Chico, me dijo con el rostro desencajado, no puedes imaginarte lo que tengo en la mano. Yo le respondí que no, que no podía imaginármelo.

“ Y yo me puse a temblar. En las ocasiones en que sucede un milagro no sueles acabar de creértelo ”

Fue entonces cuando empezó a reírse a carcajadas, y a aspar los brazos como si fuera un molinete, y a aullar alocadamente. Y yo me puse a temblar. En las ocasiones en que sucede un milagro no sueles acabar de creértelo, pero yo sí, me lo creía sin esfuerzo. De todos los millones de personas que comían patatas fritas en el país, el premio le había tocado precisamente a Frank. Abrió la mano y me enseñó la mínima lágrima dorada que relucía entre los pliegues acartonados de su palma. Sus palabras eran palabras de alegría, de firme amistad, de continuidad, pero no se podía imaginar qué muro espantoso nos separaba ahora a los dos. Era tan estúpido que no se daba cuenta. Lo que ocurrió a continuación fue la mar de curioso. Un momento antes lo tenía enfrente riendo y pataleando y al siguiente ya no estaba. Había desaparecido. Me quedé de piedra. No duró mucho, hasta que oí el chapoteo. Frank se había torcido, o escorado, o resbalado, o yo qué sé, el hecho es que se había caído al agua. Durante unos instantes sólo vi la superficie lisa del lago y después a Frank manoteando; su cabeza aparecía y desaparecía, tosía, jadeaba, escupía, gritaba y tragaba agua, y yo pensé que tenía que ayudarlo inmediatamente, pero no lo hice. Porque justo cuando iba a inclinarme sobre la borda me llegó de refilón un brillo demasiado conocido: el brillo de los sueños, el de las facturas pagadas, el de los camareros que te llaman por tu nombre. La piedrecita solarizada refulgía con la intensidad de mil estrellas. Por lo visto se le había escurrido al caer. Pensando en las probabilidades que había habido de que se hubiese hundido con él, aquello sí que era un verdadero milagro. He aquí uno de esos instantes en que una vida puede cambiar, pensé con miedo y orgullo. Me quedé quieto, pero no porque no quisiera salvarle; era un pulso inmóvil, un equilibrio que no se mueve debido a la aplicación de dos fuerzas contrarias: por un lado, nuestra amistad, por otro, la visión del futuro. Frank, mientras tanto, seguía luchando; luchando contra la fuerza de la gravedad, contra su cuerpo de plomo, contra el agua que se tragaba a litros, qué energía la suya; lanzaba continuamente sus rollizos brazos en todas direcciones intentando encontrar un punto de apoyo; así estuvo un buen rato hasta que al fin encontró la madera de la borda, se estiró como nunca hubiera creído que pudiera hacerlo, se agarró y comenzó a emerger penosamente. En ese momento pensé que bastaría con empujarle

para que sólo los submarinistas de la policía volvieran a verle la cara, pero tampoco hice nada. Lo que sí hice fue meterme rápidamente la pepita de oro en el bolsillo. Cuando ya logró estar sentado en el fondo del bote y vomitar la mayor parte del agua que había tragado, me arrodillé en el fondo encharcado, le enderecé y le ayudé a echar lo que le quedaba golpeándole en la espalda. Casi me ahogo, casi me ahogo, empezó a lamentarse cuando tuvo el resuello suficiente. Lo siento, lo siento, yo no hacía más que disculparme por no haber podido ayudarlo. Entonces comenzó a lamentarse de haber perdido la pepita de oro. Resultaba patético oírle lloriquear por su tremenda ineptitud, pero aun entonces no lo

hacía a título individual, sino por la reprimenda que recibiría de su esposa e hijos al haber tirado por la borda (y nunca mejor dicho) un futuro esplendoroso. Cuando se recuperó, le convencí de que no valía la pena darles un disgusto y que lo mejor sería mantenerlo en secreto. Yo, por mi parte, me comprometí a no revelar nada de lo ocurrido. Su tono de adhesión incondicional, de amistad eterna, casi me hizo vomitar a mí también. Después de aquello, recogimos los bártulos y volvimos a casa. Aún dejé pasar unos meses hasta que decidí dar a conocer al mundo quién era el afortunado ganador del premio Jordan Chips. La cara de Frank al verme en todos los canales de televisión debió de ser antológica. Terminó por atar cabos y dejó de llamarme para ir de pesca, por supuesto; dejó de llamarme para eso y para cualquier otra cosa que

“ No me considero generoso, al fin y al cabo era su dinero. Y ahí se acabó la historia. O eso creí. ”

se le pasara por la cabeza. Por las noticias que me llegaron, nunca contó lo ocurrido; supongo que para que no creyeran que incurría en el más antiguo de todos los pecados. Yo, obviamente, hice la comedia de la reconciliación, que terminó con un sonoro portazo y amenazas varias. Lamentablemente, a menudo uno toma a las personas por la forma en que las fuerza a comportarse las circunstancias, y el resto de nuestros amigos creyeron que su repentino distanciamiento fue debido a que estaba verde de envidia. La última vez que le vi fue en la inauguración de un supermercado. Los dueños de la cadena me llevaron como invitado sorpresa para cortar la cinta que daba acceso al paraíso consumista. Mientras ensayaba mi mejor sonrisa hollywoodiense, le vi; se aferraba con fuerza a un carrito de la compra y ya no tenía aquella expresión aparente y frívola, sino otra muy turbia. Creo que hasta pude sentir la violencia enterrada en él, como esos huesos de animales antediluvianos.

El día que le enterraron llovía. Era una de esas lluvias extrañas, que cae como si te tiraran arroz mientras cae un sol de justicia. El diagnós-

Ignacio del Valle

Francisco Ignacio del Valle nació en Oviedo en 1971. Tras obtener numerosos premios de narrativa corta, entre ellos el accésit de Gabriel Miró de relato corto 2001, por el cuento titulado *Casa enemiga*, ha publicado la novela *De donde vienen las olas* (Premio Internacional de Novela Corta Salvador García Aguilar). Ha colaborado con la editorial Alba (Barcelona) en la novela juvenil *Frankie* (1999). Está a punto de acabar su tercera novela, titulada *Miradas*.

tico final fue infarto. Frank no había durado más de un año a partir de nuestro enfrentamiento. Lo que no quiero plantearme es si debido al odio acumulado o a sus venas atoradas por el colesterol y la grasa. Probablemente por ambos. La esposa, los dos niños pequeños y los familiares formaban un semicírculo de negros paraguas alrededor de la zanja. Los amigos nos encontrábamos un poco más separados, a la izquierda. El cura, bisbisando algo, justo en la vertical del ataúd. Y allí, a unos escasos dos metros de todos nosotros, estaba el hombre más lejano del mundo. Recuerdo, o creo recordar, que durante el velatorio un tipo aseguraba compungido que le conocía desde que era así, y bajaba la palma extendida a medio metro del suelo. Una señora mayor contaba una anécdota sobre él que, al parecerle graciosa, repetía una y otra vez. Y yo no hacía más que mirar el cuerpo de mi amigo Frank; aquel aire doblemente quieto que tienen las cosas que se mueven cuando no se mueven. La prensa alabó mi gesto de costear el funeral y de donar una gran cantidad de dinero a la desconsolada viuda, a pesar de las diferencias que habíamos tenido. No me considero generoso, al fin y al cabo era su dinero. Y ahí se acabó la historia. O eso creí.

El semáforo se puso en verde y la limusina continuó su marcha. Atrás quedaba Frank o una manifestación particular de mi conciencia.

Nunca lo sabré. Un silencio de cosas caras es lo único que me acompaña ahora. Las convenientes inversiones que realicé multiplicaron aquel premio y me han convertido en una persona rica. Muy rica. Pero a lo largo de todos estos años he pensado muchas veces qué hubiera sucedido si no me hubiera metido aquella pepita en el bolsillo. Dormiría mejor, tendría más dignidad. Y Frank aún sería mi amigo. Aunque, la verdad, un amigo nunca será un millón de dólares. Y todos sabemos que el dinero nunca es sólo dinero, siempre es algo más. Siempre.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Aspar: Mover los brazos como si fuera un molino.

Refulgir: Resplandecer, emitir fulgor.

Resuello: Aliento o respiración, especialmente la violenta. finición.

Bisbisar: Musitar, susurrar o hablar entre dientes.

Farfullar: Hablar muy deprisa y atropelladamente.

Agreste: Áspero, inculto o lleno de maleza

Escudriñar: Examinar, inquirir y averiguar cuidadosamente algo y sus circunstancias. efinición

Insania: Locura, privación del juicio o del uso de la razón.



Érase una vez, en verano...

«Los ricos no han de buscar en el matrimonio hacienda; entre casados el gusto alarga la vida y los disgustos la acortan». Miguel de Cervantes. (1547-1616).

RELATOS DE VERANO

Don Heberto no volverá a tolerar a nadie, jamás, que pase por encima de él para hacerse el inteligente. Es una decisión que ha tomado esta noche y que llevará inmediatamente a la práctica. Para ello sale de casa y comienza una investigación que concluye con éxito. Ya ha encontrado su camino en esta vida, ya sabe qué hacer y lo va a llevar a cabo lleno de valor. ¿Habrá logrado, por fin, que ya no crean que es un imbécil?

Acaso creen que soy un imbécil

por Guillermo Fadanelli

La mesa ocupaba una parte considerable de la estancia dejando muy poco espacio para la circulación; en el centro reposaban un florero agrietado y una batea de plástico colmada de naranjas a medio podrir. Heberto había esperado con paciencia el momento en el que las manecillas del reloj se unían para marcar la medianoche, hora aproximada en que su mujer ponía la cabeza en la almohada y sus hijos dejaban de manipular el control remoto de la televisión.

Estaba sentado en el lugar que le había correspondido durante sus diez años de matrimonio. Aún era joven pero sabía que ya no podría ir más adelante, no tenía el talento ni el ánimo necesarios para ascender de puesto ni tampoco para buscar otra clase de trabajo. Por tal motivo, daba gracias a Dios de que los hombres hubieran inventado la cerveza y la televisión, cosas sin las que le costaba trabajo imaginarse la vida. Un paquete de cervezas dentro del refrigerador podía ofrecerle la tranquilidad no hallada en los cursos de motivación personal a los que regularmente estaba obligado a asistir por presión de la empresa. ¿Qué importancia podía tener para él un aumento en la producción de la empresa si en realidad el aumento en sus bolsillos era tan poco considerable? Además de todo, no dejaba de experimentar cierta desazón cuando escuchaba a un desconocido aconsejarle acerca de cómo ser un mejor empleado o un mejor padre. ¿Qué podía saber él de su familia? ¿Por qué la gente se hacía la inteligente a sus espaldas? No volvería a tolerar a nadie, jamás, y aunque no pondría en peligro su trabajo, no volvería a permitir que nadie pasara encima de él para hacerse el inteligente. Era una decisión firme, y era suya.

Heberto descendió las escaleras del edificio, despacio, tocando el barandal con la yema de sus dedos, pisando suave para no llamar la atención de los inquilinos. Un gesto innecesario porque, a juzgar por la luz que escurría del quicio de sus puertas, la mayoría se hallaban todavía despiertos. Sólo eran dos pisos y no requirió más que unos cuantos segundos para estar en la calle aspirando el aire fresco con olor a quemado y a orines húmedos tan peculiar del barrio. No se equivocó, a unos pasos de la puerta alguien había abandonado varias bolsas de plástico repletas de basura. Era una costumbre común el aprovechar la noche para salir a tirar aquellas bolsas de almacén en cualquier lugar solitario: "¿Qué tipo de persona es capaz de hacer eso?", pensaba Heberto, después de todo pertenecían a la clase media y vivían en todas esas casas y edificios con teléfono y lavadoras, hornos de microondas y

perros que devoraban alimentos procesados, gente de bien, padres de familia como él. Seguro se trataba de algún listo decidido a ser más inteligente que todos los estúpidos que esperaban la llegada del camión de limpieza mientras sufrían con las bolsas atiborradas de porquería dentro de sus casas. ¿Durante cuántos años más debía soportar actos semejantes? El que nadie fuera capaz de respetar el orden en las filas del metro, o el que utilizaran el teléfono público sin voltear siquiera a mirar si alguien estaba detrás, esperando, eran actos reprobables. Se imaginó a uno de esos motivadores personales saliendo a tirar a la calle sus desperdicios, daría la vida por descubrir a uno para decirle: "Usted puede ser muy inteligente, pero es un marrano, un maldito marrano". Vaya si no sería capaz de espetárselo en su propia cara. El imaginarse arbitrariamente de tal calibre le infundió ánimo y en vez de una tomó dos bolsas para volver a su departamento. Una vez dentro extendió varias hojas de papel de periódico sobre la mesa y colocó una de las bolsas encima. Había hecho lo mismo dos veces en la semana sin ningún resultado, pero algo le decía que en esta ocasión tendría más suerte. Si bien nunca había sido un hombre perseverante, al menos era paciente y sabía esperar. Lo había hecho tantas veces en su vida, esperar y esperar sin recibir nada a cambio. Sí, era un hombre mediocre y no le tenía miedo a esa palabra, es más, el ser un mediocre no tenía gran importancia porque si lo pensaba bien nunca había conocido a un hombre virtuoso y, exceptuando a Dios, no daría la mano a cortar por nadie.

Heberto abrió una bolsa y vació el contenido en la mesa: papeles arrugados, latas, cáscaras de plátano, nada en verdad tan desagradable como la carga de la noche anterior. No usó guantes ni tapabocas porque no deseaba que aquella tarea se convirtiera en una operación científica. Al contrario, el olor y el tacto le servirían para mantenerse alerta y acrecentar el odio. Estuvo espulgando entre la basura hasta cerca de la una de la mañana, con pericia taxonómica, revisando cada fragmento de aquella bazofia. Sólo quedaba, para dar por terminado su trabajo, el envase de leche Alpura que había sido relleno a la vez de basura y papeles de menor tamaño. Heberto extrajo una cáscara de huevo, una servilleta impregnada de grasa y una envoltura de plástico. No necesitó buscar más. Allí estaba, por fin, un sobre rotulado con el nombre y la dirección de una persona. La concentración puesta en su actividad le impidió darse cuenta de que a sus espaldas, recargada en la pared, su mujer lo observaba desde hacía algunos minutos. "Lo tengo -dijo para sí Heberto- a dos calles de aquí, en el 27 de Zamora", ¿qué si se hubiera rendido y arrojado el cartón de leche sin revisarlo? La paciencia volvía a dar sus frutos.

Rebeca era una mujer flemática y organizada, había dejado su carrera universitaria a la mitad pero tenía la impresión de que no haberla completado no modificaba en gran cosa su vida. Trabajaba durante el horario matutino en una oficina de gobierno, actividad que le garantizaba gozar de una mínima tranquilidad en el gasto diario: Heberto pagaba la renta, la comida, y ella



FERNANDO VICENTE

“Trabajaba durante el horario matutino en una oficina de gobierno, actividad que le garantizaba tranquilidad”

se hacía cargo de los gastos extra como la ropa de los niños y el teléfono. Cuando vio a su marido en medio de aquella porquería se imaginó que había perdido algo. Iba a interrumpirlo pero se dio cuenta de que entre la basura había dos latitas de yogur, ¿desde hacía cuánto tiempo que en su casa no se comía yogur? Permaneció allí unos minutos observando a su esposo rellenar nuevamente las bolsas, ensimismado, como el arquitecto que dibuja los planos y no descansa hasta hacer coincidir en un punto la última línea. Volvió a su recámara y se tiró en la cama. Recordó que al día siguiente tendría que llegar más temprano a la oficina porque el jefe había contratado a un motivador profesional para impartir una plática entre los empleados. Iría con gusto. Sentía placer al escuchar las palabras, conceptos les llamaba él, que el motivador utilizaba para fortalecer su espíritu emprendedor. De entre los conceptos vertidos por el motivador en las conferencias, Rebeca apreciaba mucho uno en especial: la vida comienza de nuevo todas las mañanas, por lo tanto se debe hacer un esfuerzo para afrontarla con entusiasmo y energía. ¿Por qué a Heberto no se le ocurrían esta clase de ideas? Si al menos tratara de tener mayor seguridad en sí mismo, de percatarse del valor que tenía la vida. Era una lástima que, también a ella, le resultara tan difícil encontrar las palabras adecuadas para motivar a su marido. Le pareció escuchar los pasos desordenados de Heberto, el golpe de un cajón al cerrarse, el crujir de una bolsa de plástico. Había olvidado cerciorarse de que los niños apagaran el televisor y aguzó el oído para escuchar el murmullo del aparato. En cuanto estuvo segura de que no había ya ningún ruido extraño dentro de casa, se quedó dormida.

Antes de llegar a su departamento, Mauricio se tomó unos minutos para pasar a la tienda de videos y alquilar dos películas. En abril el trabajo solía acumularse y era difícil poder llegar a casa antes de las diez de la noche. Por fortuna para él, ese día la empresa había sufrido un asalto y el gerente, ofuscado por los gritos de histeria de las secretarías y la confusión general, había tomado la decisión de dar a todos los empleados el resto de la tarde libre. Cuando Mauricio abrió la portezuela de su auto reparó en que, a excepción de su casa, no se le ocurría ningún otro lugar adónde ir, fuera de alquilar películas no imaginaba qué otra cosa podía hacer para gastar esa tarde inesperada. Permaneció un rato con la cabeza apoyada en el volante y luego de una breve consideración decidió que lo mejor de todo sería ir a casa a prepararse un café bien amargo y sentarse frente al televisor para ver una buena película. No había que buscarle tres pies al gato. Si bien no era un plan muy ambicioso necesitaba descansar, olvidarse de las nóminas y de los problemas de la oficina. Lo único que no deseaba hacer era reflexionar, volver a pensar que a sus cuarenta años seguía siendo soltero y la única posibilidad de abandonar ese estado se había marchado a Tijuana seis meses atrás del brazo de un artista segundón.

Estaba acostumbrado a vivir solo. Dos veces a la semana una mujer realizaba el aseo del departa-

tamento y llevaba su ropa a la lavandería. Tenía pocos amigos aunque ninguno de ellos acostumbraba frecuentarlo. El día de su cumpleaños solía recibir varias llamadas telefónicas debido a que en la oficina había un cartel que anunciaba el onomástico de los empleados. Fuera de esta fecha eran escasas las ocasiones en las que su teléfono llamaba, de modo que le pareció muy raro escuchar el timbre de la puerta sonando a la una de la mañana. ¿Quién era capaz de buscarlo a hora semejante? Hacía pocos minutos que la película había terminado y su pijama se encontraba ya extendido sobre la cama, listo para usarse. Imaginó que se trataba de una equivocación, o más probablemente de algún vecino descuidado que había olvidado la llave en casa. No sería raro porque incluso a él, tan cuidadoso para esas cosas, le había sucedido ya alguna vez, viéndose obligado a oprimir el timbre de otro inquilino. Consideraba una lástima que su departamento no contara con una ventana hacia el exterior, detalle que no tomó en cuenta en el momento de solicitar el alquiler. En ese entonces le bastó con que las paredes no mostraran rasguños y el excusado funcionara a la perfección. ¿Para qué alquilar un departamento con ventanas al sol si la mayor parte del día se la pasaba fuera de casa? Se calzó los zapatos y se dispuso a ver de qué se trataba. No había luz en el pasillo y entonces recordó que era él el encargado de cambiar los focos en esa sección del edificio. Una vecina se lo había hecho saber dejándole una nota por debajo de la puerta. Qué descuido, mañana

“No tenía la menor duda de haber tomado la decisión correcta”

antes de volver al trabajo quitaría el foco de su cocina y lo pondría en la lámpara del pasillo oscuro. Corrió el cerrojo metálico y dio un fuerte tirón a la puerta, para encontrarse con la figura de un hombre casi de su misma estatura. El hombre llevaba en las manos un conjunto de bolsas de plástico, así que Mauricio imaginó que se trataba de un vecino volviendo a su casa con las compras del día, raro a la una de la mañana, pero posible.

No tenía la menor duda de haber tomado la decisión correcta, sin embargo, Heberto no pensó en el peligro sino hasta el momento de tener enfrente a aquel individuo. “Sí, soy yo, ¿en qué puedo servirle?” El rostro de Mauricio estaba iluminado a medias por la luz de la calle, parecía un rostro de piedra, como si el escultor hubiera dejado la obra a la mitad. “¿Se cree usted muy inteligente?” -dijo Heberto, aprovechando el silencio y el estupor del otro-. “Fue usted a tirar la basura enfrente de mi departamento. ¿En qué estaba pensando? Aquí debe vivir un estúpido, que se trague mi basura, ¿no?” Mauricio lo examinó con curiosidad, tenía la cabeza achatada y sus ojos se abrían y cerraban como si estuvieran a punto de desovar, tenía los brazos fuertes y vestía como cualquier hombre normal que se pone un suéter para salir a

Guillermo Fadanelli



Guillermo Fadanelli nació en la ciudad de México. Actualmente es editor de la revista Moho. Entre sus novelas se encuentran *Lodo* (Premio Colima 2002), *La otra cara de Rock Hudson* (Premio impac) y *¿Te veré en el desayuno?* Ha publicado algunos libros de relatos cuyos títulos son: *Terlenka*, *Barracuda*, *Más alemán que Hitler*, *El día que la vea la voy a matar* y *Compraré un rifle*. Fadanelli también ha realizado seis videos basados en sus propias historias. Ha publicado los libros de relatos *Cuentos mejicanos* (1991), *El día que la vea la voy a matar* (1992), *No hacemos nada malo* (1996), *Regimiento Lolita* (1998), así como las novelas *No te enojos*, *Pamela* (1996), *Para ella todo suena a Franck Pourcel* (1997) y *Clarisa ya tiene un muerto* (2000).

Relatos como éste se pueden encontrar en *Me compré un rifle* (Anagrama).

dar un paseo en la noche. Iba a pedirle calma, a explicarle que en su caso era una señora la encargada de tirar la basura, a preguntarle sobre las pruebas que tenía para ir a acusarlo así, de una manera tan insolente, hasta la puerta de su casa, pero permaneció callado porque, luego de arrojar las bolsas a sus pies, Heberto corrió el saco para mostrarle la cache de una pistola que llevaba atorada en el cinturón. Mauricio se aterrorizó y las fuerzas lo abandonaron, ni siquiera tenía la posibilidad de empujar la puerta de hierro del edificio y correr a esconderse a su departamento. ¿Por qué la vida era así? Las películas habían sido magnífi-

cas, el café también, ¿por qué la vida te premiaba y luego te castigaba? Estuvieron allí, frente a frente y en silencio, durante algunos segundos. Ya ninguno tenía nada que decir. La cache de la pistola seguía a la intemperie y los ojos de Mauricio en ella. Heberto cubrió el arma otra vez con su saco y lentamente se alejó de allí. Recorrió la acera de las dos calles que lo separaban de su casa. Estaba un poco aturrido y también decepcionado, no era así como se había imaginado la escena, incluso no se hallaba seguro de que aquel hombre dejaría de tirar bolsas de basura en su casa. No, en definitiva no era un triunfador, nunca lo había sido. Antes de meter la llave en la cerradura recordó que sólo le quedaban tres días para pagar la mensualidad del departamento.

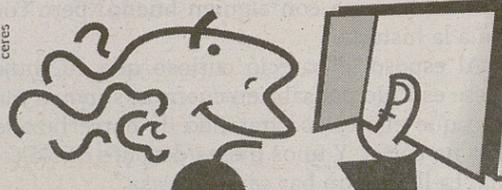
DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Desazón: Malestar físico vago. Disgusto, pesadumbre, inquietud.

Espetar: Decir a alguien de palabra o por escrito algo, causándole sorpresa o molestia.

Desovar: Dicho de la hembra de un pez o de un anfibio: Soltar sus huevos o huevas.

Cache: Cada una de las dos chapas que cubren o de las dos piezas que forman el mango de las navajas, de algunos cuchillos y de algunas armas de fuego.



Érase una vez, en verano...

«Sólo la imaginación encierra la poesía».
Theophile Gautier. Escritor francés. (1811-1872).

RELATOS DE VERANO

Este relato tiene forma de diálogo entre dos grandes amigos. Uno de ellos se llama Toño y del otro sólo sabemos que vive cerca del mar y que es designado con una X. En seguida nos enteramos de que Antonio acaba de separarse de su mujer Celia, pero que ya nunca piensa en ella porque las parejas se agotan y entonces la ruptura deja de doler. Tras esto, él cambia de conversación y aparece el libro de las tapas verdes. ¿Por qué?

Celia y Toño



FERNANDO VICENTE

por Juan C. Méndez Guédez

X- ¿Y cómo comienza la historia?
 T- ¿Ah?
 X- ¿Cómo comienza?
 T- ¿Qué historia?
 X- Esa de la que me hablabas hace unos instantes.
 T- ¿La película?
 X- Dijiste que era un libro...
 T- Sí, eso, un libro...un libro de tapas verdes que Celia tenía al lado de la cama. Un libro que leía y releía todas las noches...
 X- Venga, no te pongas triste.
 T- ¿Triste? No, por favor. Si es estupendo estar aquí con un buen amigo mirando esta playa...y además, ya nunca pienso en Celia. Yo creo que las parejas se agotan. Llega un día que se desinflan, que dejan de doler...
 X- Bueno, pero me hablabas de esa historia del libro...o de la película...

T- Un libro sí...una historia que venía en el libro de Celia.
 X- ¿El... libro?
 T- Bueno, Celia...no leía en exceso. Tenía mucha energía, tenía mucha agudeza, pero leer, lo que se dice leer.
 X- Eso se notaba...Recuerdo una tarde en que le hablé de Chopin y me dijo algo sobre unas canciones de Richard Clayderman.
 T- ¿No estarás diciendo que mi esposa es una ignorante?
 X- Venga ya, no quiero discutir contigo por Celia.
 T- Pero es que no era ignorante. No. Digamos que tenía...un sentido exacto de lo que necesitaba en cada momento.
 X- Que no era mucho...
 T- Por favor, no hables así...
 X- Joder, tío, no puedo creer que todavía tengas fuerzas para defenderla.
 T- ¿Y de qué voy a defenderla?
 X- ¿Quieres que te lo diga? ¿Quieres una lista o la versión resumida? Mírate, estás aquí, vestido

con vaqueros, con botas, y una chupa de cuero, a treinta y cinco grados en medio de una playa.
 T- Tuve que salir con prisa.
 X- Y estoy convencido de que la culpa es de Celia.
 T- No. Yo tenía ganas de bajar a la costa, sabía que tú estabas aquí y bueno, una cosa lleva a la otra. Me gusta tomar decisiones rápidas.
 X- Y te apareces en la casa sin una maleta, sin dinero, apestando a whisky barato, y mirando hacia todas partes...
 T- Bueno, pero la policía no me persigue...
 X- Ahora que lo mencionas, me dejas más tranquilo. Creí que estabas en un lío gordo.
 T- No. Hubo un problema, pero prefiero no hablar de eso. Oye...por cierto, ¿será verdad que hay hombres que pueden hacer el amor durante varias horas? No..., espera, no es eso de lo que conversábamos tú y yo... quería contarte la historia del libro...
 X- Como quieras, Antonio, tú tranquilízate, y quítate de una vez esa chupa, te vas a morir de calor.
 T- Claro, claro. Pero la chupa...no tengo camisa debajo.
 X- ¿Y qué ocurre? Estamos en la playa.
 T- Celia siempre dijo que mi barriga era grotesca.
 X- Joder, otra vez Celia.
 T- Mejor te cuento la historia entonces...
 X- Venga sí.
 T- Bueno, es un hombre que estaba muy enamorado.
 X- ¿Una novela de amor? Por Dios...
 T- No, pero espera. Digamos que es una historia de amor que comienza donde otras concluyen.
 X- Eso lo escuché alguna vez...en una telenovela, me parece, y fue un fracaso.
 T- Déjame hablar. Te contaba que la historia se inicia con un hombre que está muy enamorado, pero comienza a sospechar de su chica. Ve en ellas señales extrañas.
 X- Vale.
 T- Sí. Cambios. Silencios. Muchos silencios. La mujer permanece callada mirando las paredes, o suspira, o se detiene en la entrada del ascensor y baja la vista.
 X- Sigue, sigue.
 T- Bueno, la señal más nítida...o más bien la señal de alarma vino de un amigo del hombre. La chica habló con él...
 X- ¿Con quién?
 T- Con el amigo...con el amigo de los dos. ¿No comprendes? La pareja tenía un amigo común llamado Víctor y...
 X- Vale, vale...
 T- La chica le dijo al Víctor que su esposo era un gran hombre.
 X- Joder, ¿le dijo eso?
 T- ¿A ti también te parece mala señal?
 X- Claro, cuando alguien dice que su pareja es una gran persona, la pregunta obligada es: ¿desde cuándo le estás poniendo los cuernos?
 T- O sea que tú crees que ya desde ese momento la chica le estaba siendo infiel.
 X- Bueno, así funcionan las cosas.
 T- Joder...
 X- Eso es matemático...si tu mujer comienza a decir que eres un gran hombre: todo ha terminado...Nos gusta encontrar a la gente buena en los hospitales o en las iglesias, pero para follar desconfiamos de la bondad. Sería terrible coincidir en la cama con alguien bueno...pero continúa la historia.
 T- Al esposo le pareció curioso que su mujer dijese eso. No pensaba en cuernos, suponía más bien que ella estaba tratando de darse razones para no cortar. Y unos meses después habló con ella. La llevó a un bar cerca de casa.

“ Pero es que no era ignorante. No. Digamos que tenía... un sentido exacto de lo que necesitaba en cada momento. ”

X- ¿Qué le dijo?

T- No recuerdo demasiado. Quizás él no debió presionarla tanto.

X- ¿Por qué?

T- Porque no sirve de nada saber. Porque conocer duele. La duda es algo...liviano. Va, viene. Hoy está, mañana desaparece.

X- ¿Qué ocurrió?

T- El esposo esperaba una respuesta ambigua. Algo así como no ocurre nada, estoy confusa, déjame tranquila un tiempo. Pero no. Ella lo miró a los ojos y le dijo: anoche me acosté con un hombre que no conozco.

X- Bueno...lo que te dije.

T- Joder...el esposo sintió un golpe en plena cara, sintió que lo escupían.

X- Mierda...no empieces a llorar, por favor.

T- No, no...perdona. La verdad es...él decidió no preguntar nada más. Pero ella quería hablar horas y horas. Contaba y contaba detalles, y él le pedía que se callara, pero ella no se detuvo en ningún momento. Es más, cuando el esposo intentó levantarse de la mesa, la mujer tomó al camarero por el brazo y dijo: "fue con él, anoche me acosté con este hombre".

X- Pero eso sería una broma...o a la tía se le va un poco la olla y...

T- Eso pensó el hombre, pero el camarero se puso pálido, comenzó a sudar, pidió disculpas, desapareció.

X- Joder...qué mujer tan sórdida.

T- No, no...tendría sus razones...bueno, qué importa, lo que más le dolió al esposo es que ella le mintió.

X- No se había acostado con el camarero.

T- Sí, sí lo hizo, pero ella había dicho: "me acosté con un hombre al que no conozco", y al camarero lo veían todos los días del año. Era la persona que les servía el desayuno, y las tapas y las cañas...

X- Vale, vale, no te alteres, Toño...es sólo una historia.

T- Una historia, eso es. Sólo una historia. Pero el esposo sentía veneno dentro de la piel. ¿Sabes? Como si tuviera plomo líquido destrozándole los músculos, los huesos. Y lo único que hizo fue pagar la cuenta y no dejarle propina al camarero.

X- Hombre, eso estuvo bien...

T- ¿Te burlas de mí?

X- Joder, que no...que eres mi amigo.

T- Lo sé. Es verdad. Por eso Celia te odiaba tanto.

X- ¿Me odiaba?

T- Sí. Bastante. Ya lo sabes, tío, las relaciones de pareja necesitan de dos odios: el odio que sientes por la mejor amiga de tu mujer, y por ese novio, primo, o amigo especial que siempre la ha estado rondando.

X- No te comprendo.

T- Pues eso. Que con las mujeres ocurre lo mismo, pero a la inversa. Y tú eres mi mejor amigo, y ella te odiaba, porque tú eres lo que yo era antes de conocerla, eres mi memoria, lo que me separa de ella, lo que me distingue.

X- Bueno...la verdad es que Celia me parece una miserable, así que no me importa lo que piense de mí.

T- No empecemos, por favor. Nunca supiste comprenderla. En el fondo no es mala.

X- Mejor me explicas cuál es el otro odio de las parejas...

T- Ese personaje fantasma de la relación, el que no fue, pero que pudo ser, el camino que se dejó a un lado a última hora. Ya sabes, el primo, el novio de la adolescencia, el amigo especial. En ese personaje se condensan todos los miedos, todas las amenazas, y las parejas siguen juntas para defenderse de ese fantasma, para no dejarlo entrar. Lo que ocurre es que piensas mucho en él, y nunca es el responsable de que las cosas

se acaben...el ataque viene por otro lado, por donde menos lo esperas. Fíjate en la historia del libro de tapas verdes...

X- ¿Qué ocurre allí?

T- Pues que fue el camarero. El esposo nunca pensó en el camarero, no lo vio, porque la esposa tenía un amigo especial...ya te hablé de él, te hablé de Víctor, ese amigo común que fue quien le advirtió al esposo que ella andaba hablando de lo bueno que él era. El esposo desconfiaba de Víctor, no del camarero.

X- Ah, ya, el confidente...

T- Sí, Víctor, un amigo de la mujer que termina siendo amigo del esposo, pero que en el fondo...es una amenaza.

X- Tío, pero está muy claro...era una trampa. Una trampa en la que ese Víctor se estaba beneficiando.

T- ¡¡¡Joder!!! También lo pensé. ¿O sea que tú crees que lo del camarero es falso?

X- No. Eso es cierto. Pero Víctor propiciaba todo.

T- Mierda. Eso explica el resto de la historia.

X- ¿Qué paso después?

T- El esposo le pidió a la mujer que se marchara de casa. Ella lo hizo. Estuvieron meses sin verse, sin saber el uno del otro. Pero el esposo la extrañaba demasiado. Así que cuando ella lo llamó un día diciéndole que deseaba reencontrarse con él, el esposo tomó una decisión. "Puedes volver a casa cuando quieras", le dijo. "No estás obligada a nada. Puedes entrar y salir cuando quieras, puedes usar mi dinero, puedes usar mi casa como te parezca, y haremos el amor siempre que tú lo desees. Y puedes usar el teléfono, y la radio, y la tele, y mis tarjetas de crédito, y el coche, y si quieres traer al camarero a casa, tráelo...porque así podrás comparar, así te darás cuenta de que cometiste un error".

X- ¿...?

T- ¿Por qué pones esa cara?

X- Es que dicho así parece una gran idea.

T- ¿Y no lo es?

X- Hombre, para ella sí, desde luego. Follar con dos tíos a la vez y no tener compromiso con ninguno.

T- ¿Pero y el sufrimiento? La esposa iba a sufrir al darse cuenta de lo que había perdido, iba a sentirse muy mal al percatarse de que había cambiado al esposo por...

X- ¿Sufrimiento? ¿De qué hablas?

T- Sí, estoy seguro de que ella sufría mucho. Se sentía culpable.

X- Joder, Toño.

T- Parecía buena idea. Al esposo le parecía una buena idea. Aunque tal vez...tal vez no lo era tanto. Eso explica lo que ocurrió luego.

X- ¿Te escucho. Toño, pero deja de llorar, por favor.

T- La esposa le dijo al esposo que la historia con el camarero había terminado. Nunca más volvieron a tener noticias de ese hombre. Entonces ella le pidió que hicieran juntos un negocio, una especie de oficina de asesoramiento para que la gente consiguiese empleo, obtuviese hipotecas, alquilara o comprara casas de segunda mano. El esposo estaba tan feliz con la nueva situación que firmó varios papeles, muchos papeles. Y una mañana aparecieron montones de abogados y montones de demandas. El esposo tuvo que escapar, sobre todo al enterarse de que en uno de esos documentos firmados le había traspasa-

Juan Carlos Menéndez



Escritor venezolano nacido en Barquisimeto en 1967. Ha publicado hasta la fecha un total de nueve libros, entre los que merecen subrayarse las novelas: *Retrato de Abel con isla volcánica al fondo* (Caracas, 1997; Santa Cruz de Tenerife 1998); *Árbol de Luna* (Madrid, 2000); *El Libro de Esther* (Madrid, 1999) con la que fue finalista del XII Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos y *Una tarde con campanas* (Madrid, 2004), finalista del V Premio Unicaja de Novela 'Fernando Quiñones'. Como cuentista es autor de *Tan nítido en el recuerdo* (Madrid, 2001. VI premio de cuentos Ateneo de La Laguna), *La ciudad de arena* (Cádiz, 1999) e *Historias del Edificio* (Caracas, 1994). Próximamente aparecerá su libro ensayístico *El Barco en que viajas: momentos españoles en la literatura venezolana* (UNEY, San Felipe).

do la casa a su esposa y a Víctor, y sobre todo al saber que ahora su esposa se acostaba con Víctor.

X- Joder...¿te das cuenta?

T- Así que el esposo se fue... Se marchó...Perdona, perdona que no siga contándote...nunca más pude seguir leyendo la historia en el libro de Celia. Puta Celia de mierda.

X- No llores, tío, cálmate.

T- Déjame aquí tranquilo, descansando junto a las olas.

X- Pero quítate esa chupa, Toño, quítate esos vaqueros y esas botas...ni siquiera parecen

“ La esposa le dijo al esposo que la historia con el camarero había terminado ”

tuyas.

T- Las robé antes de llegar aquí, porque se me habían destrozado los zapatos.

X- Bebe un poco de agua, vamos.

T- No...quiero sudar, sudar mucho, sudar hasta limpiarme. Que el calor y la playa se lo lleven todo lejos.

X- Pues vale.

T- Oye...

X- Dime.

T- Si Celia llamase...

X- Le digo que no estás.

T- No. Dile que por favor baje hasta la costa, que la esperaré varios días, que estoy aquí contigo.

X- Vale...

T- Dile que venga, por Dios...que venga ya.

X- Vale. ¿Y le pido que traiga el libro de tapas verdes?

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Agudeza: Perspicacia o viveza de ingenio.

Chupa: Cazadora, chaqueta corta y ajustada a la cadera

Grotesco: Ridículo y extravagante

Nítido: Limpio, terso, claro, puro, resplandeciente.

Liviano: De poco peso.

Sórdida: En el texto, mezquina, avarienta.

Percatarse: Darse cuenta clara de algo, tomar conciencia de ello.

Presionar: Ejercer presión sobre alguien o algo. Ejercer presión sobre el enemigo para hacerle abandonar sus posiciones.

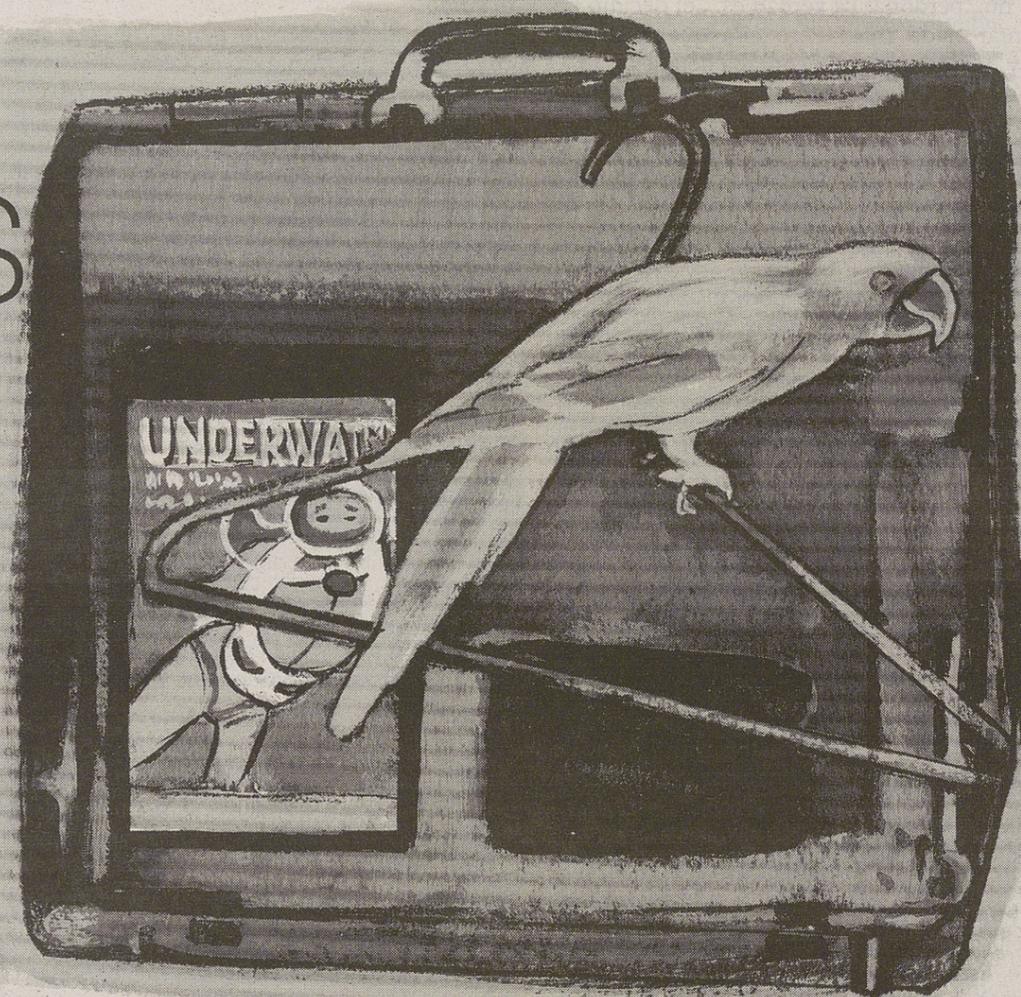


Érase una vez, en verano...

«El arte está hecho para ser sentido y no para ser comprendido».
Remy de Gourmont. Escritor francés. (1858-1915).

RELATOS DE
VERANO

Un hombre tras separarse de su mujer se marcó una meta y decidió no dejar de luchar hasta alcanzarla. Así lo hizo hasta que finalmente consiguió lo que se había propuesto. Empleó en ello casi diez años y perdió todo su encanto y casi todo su pelo, pero triunfó. No obstante, no estaba satisfecho, parecía hundido en una sensación de naufragio. De pronto se dio cuenta de algo y supo reaccionar. Consiguió salvarse casi del todo.

El inspector
de
equipajes

FERNANDO VICENTE

por Eloy Tizón

Durante un registro rutinario a un pasajero, el inspector de equipajes Iriarte descubrió que le engañaba su esposa. Del portafolios del desconocido asomaron unas fotos comprometedoras que no dejaban sitio a la duda. No quiso hacer una escena, y después de sellar convenientemente el resguardo y entregárselo al intruso mientras decía: "Todo en orden", Iriarte vio alejarse de reojo la espalda cubierta por el pelo rubio del abrigo, la espalda del amante camino de su vuelo, y se quedó sin respuestas. Ella le había prendido una nota en la almohada diciendo que ese fin de semana se marchaba a esquiar a la montaña y quizá no fuese mentira. La maleta que venía a continuación contenía un surtido de rosarios bendecidos por el Vaticano.

El inspector de equipajes y su mujer decidieron separarse de mutuo acuerdo. Iriarte alquiló un cuarto bastante feo y terminó de afearlo al trasladar los restos de su existencia. Como era

difícil vivir sin ella a todas horas, aceptó quedarse con un loro que nadie reclamó en la aduana y consolarse con las blasfemias que el animal emitía sin descanso. Ni soñar con que su esposa volviese: es más, no la necesitaba. Todo era cuestión de acostumbrarse. Iriarte buscó algo a lo que aferrarse para mantenerse a flote y se le ocurrió hacerse rico. Se marcaría una meta y no cesaría de luchar hasta alcanzarla. Pensó que un millón de pesetas bastaría para dejar el trabajo. No se le ocurrió pensar en una cifra más alta.

Durante los nueve años siguientes Iriarte trabajó como un perturbado, con la conciencia vacía, apartando cantidades minúsculas de su sueldo de funcionario de Aduanas y yendo cada sábado a primera hora a ingresarlas en la ventanilla bancaria con el ánimo oprimido. Escogía para la ocasión su mejor traje y desde muy temprano aguardaba, bañado y perfumado, tembloroso, tarareando una melodía mientras paseaba por su habitación de divorciado con loro, a que fuese el momento de abrir las puertas de los bancos al público. Entonces se dirigía con su apostura de novio, con su peinado de novio, con perfectas uñas cuadradas y rabioso afeitado,

hacia el momento culminante de su semana sin variaciones. Entregaba a la cajera tan amable el depósito con la insignificante suma en metálico, la gran rúbrica pomposa, igual que otros -o él mismo en épocas pretéritas- hacía donación de un camafeo o dos entradas para el teatro a la criatura somnolienta con quien anhelaba casarse en breve. Se sometió a la suave locura de aquel rito inofensivo sin añadir modificaciones y durante nueve años seguidos Iriarte estuvo ahorrando la calderilla de su salario de hombre sin vicios, confiando alcanzar aquella cifra optimista, mágica, intocable, de un millón de pesetas, tras lo cual abandonaría el empleo. Pues carecía de otros estímulos para existir y después de la excursión semanal a su espejismo no tenía nada más que hacer durante el fin de semana. Se enfrentaba a solas al vacío laboral de aquellas tardes de primavera inmensas y suburbanas tratando de apuntalarlas con pequeñas faenas domésticas, o televisión, o loro.

Había un solo libro en la casa, *De cómo combatir el mal aliento*, 112 páginas, editorial Fontiveros, printed in Spain, y una colección atrasada de fascículos ilustrados recibidos por correo, *El mundo de la pareja*, bruscamente interrumpida en la sección "Embarazo".

Había un vídeo sin estrenar con un curso de buceo, en castellano e inglés, con consejos prácticos e información detallada acerca de la escafandra. Iriarte leyó el libro. Hojeó los fascículos. Pasó el vídeo natatorio a velocidad acelerada. Y después no supo qué hacer. Una bombona de buzo pesa por término medio diez kilos.

“ Se enfrentaba al vacío laboral de aquellas tardes de primavera tratando de apuntalarlas con pequeñas faenas domésticas ”

“ Había previsto retirarse de su puesto de inspector de equipajes al alcanzar sus fines, pero la misma lejanía de la meta actuaba como anestesia ”

Las aletas de los pies son necesarias. Complete su colección pagándola en cómodos plazos y participe en el sorteo de un viaje para dos personas. Iriarte tenía por delante un largo fin de semana, heroico en su insignificancia, sin otra compañía que aquel submarinista bilingüe, aquella interrupción de embarazo, aquel único libro producto del mal aliento. Y mañana qué. Y pasado mañana qué.

En menos de una década perdió todo su encanto y casi todo el pelo. Cuando al cabo de nueve años de monotonía y esfuerzo Iriarte comprendió que era posible, que estaba a un paso de lograr su objetivo del millón de pesetas antes de cumplir los cuarenta y que el saldo de su cuenta cantase el anhelado balance, le dominó un instante de pánico. Había previsto vagamente retirarse de su puesto de inspector de equipajes al alcanzar sus fines, pero la misma lejanía de la meta actuaba como anestesia. Entonces comprendió por vez primera lo solo que había estado en estos días y meses y años, lo indefenso que se encontraba frente a su sueño, y también por vez primera dejó de acudir al banco cada sábado y se ocultó de su hazaña. Se asustó de la cajera tan amable, rubia teñida, siempre con expresión atónita. Tenía miedo de enterarse de que el objetivo estaba alcanzado, de recibir una carta impersonal en la que la máquina, con letra de ordenador, le escupiese su juramento.

Durante cerca de dos semanas Iriarte vivió en una especie de limbo o de inexistencia preñada de posibilidades, en una mezcla de miedo y orgullo por haberlo conseguido, de temor y deseo, y él mismo se notaba cara rara cuando en las últimas noches de trabajo inspeccionaba en el aeropuerto medio desierto los equipajes ajenos de parejas recién casadas y turistas y negociantes: la loción barata, el pijama deshuesado, el crujiente sujetador... para otros.

La carta llegó un jueves. Iriarte la descifró al trasluz y leyó la cantidad exacta, inapelable, que podía trastocar su vida. No la abrió. La llevó en el bolsillo durante la semana siguiente, se dio de plazo hasta el próximo domingo, que transcurrió sin novedad.

Marzo se descolgó con un viento de verano y la vacante del frío fue ocupada por ardientes plazoletas donde sentarse y rumiar su incertidumbre, frente a la carta sellada del banco que comenzaba a ponerse amarilla. Pensó que él en realidad no quería cambiar de existencia, sino sólo estar seguro de que podía hacerlo cuando quisiera. Era dulce, en las noches saharianas de Barajas, con sangrientas luces de aviones taladrando a sus espaldas la oscuridad de la pista, hundir las manos en las maletas de los viajeros, amasar por un momento los tejidos comprimidos en sus nichos con llavines y correa, sentir en un sofocante segundo de excitación que él tenía el poder de decidir un futuro, el suyo y el de otros, de encontrar algo ilegal en la bola de ping-pong de un calcetín sospechoso o en el humo de una media, de detener por capricho el vuelo de un pasajero. Nunca lo hizo. Se limitaba a sacudir la cabeza congestionada con arrogancia fingida, la cabeza que ahora se había vuelto pesada por la conciencia del

botín que estaba obligado a sostener igual que el ciervo sostiene la cornamenta.

-Pase por esta vez, pero que conste que la próxima lo denuncio.

Después de un tiempo, no se sabe cómo, Iriarte se las arregló para abandonar el empleo de inspector de equipajes y vivir sin más fuente de ingresos que sus ahorros. Entonces comenzó la repetición de esos nueve años de sacrificio pero a la inversa. En pocos meses de ocio Iriarte entendió que había obtenido su sueño y que no había obtenido nada. Cada sábado volvía a acudir a la oficina bancaria, sin afeitarse, demacrado, en una caricatura inversa en la que iba retirando las mismas irrisiones cantidades que había ingresado durante años con tantas privaciones. Se dio cuenta además de que ejecutaba su acción ante la cajera teñida con los mismos gestos de antes, la misma rúbrica ampulosa en la que sólo un ojo experto hubiese descifrado algo menos de impulso, un trazo más comedido. Contempló la oficina familiar, con las calvas eficientes detrás de los escritorios, el zumbido de teclado o de panal con que las operaciones fluían del papel continuo a los expedientes, y se hundió en una sensación de naufragio.

En su cuarto le aguardaba la colada tendida de pared a pared, goteando sobre los periódicos extendidos por el suelo. El loro, al envejecer, se había vuelto educado y se negaba a pronunciar tér-

“ Entonces comprendió por primera vez lo solo que había estado. ”

minos malsonantes. En la despensa se amontonaban latas precocinadas y víveres de limosna, un ángel imantado en el frigorífico, la peladura de un limón seco como la correa de un reloj de pulsera. Tan frugal y espartana era su vida que Iriarte podía haberla alargado indefinidamente hasta agotar su escaso millón otro lapso increíble de años, puede que incluso cinco. Se quitó la chaqueta y se la volvió a poner y salió de nuevo a la calle. Regresó a la agencia bancaria llevando todo el tiempo la sensación de pérdida y de haber olvidado algo, ni remota idea de qué. Entró contra toda costumbre por segunda vez aquel sábado en el ámbito refrigerado de las finanzas, en cuyas catacumbas los billetes mantenían un frescor de hortaliza, y se plantó frente al reflejo acuífero de la cajera.

La observó, y supo que era correcto. Ella llevaba tras el vidrio más de una década, inmóvil todo el tiempo con sus lentillas mientras Iriarte mantenía la pugna consigo mismo y arrastraba aquella existencia idiota y desprotegida entre maletas y alpiste. Y era sobrecogedor saber que ella había estado allí todos los sábados, todos los meses, ingreso tras ingreso, a lo largo de miles y millones de firmas y talonarios, tan sola como él, tan indeciblemente sola como él, quieta en su sombra verde como un testigo amistoso de sus idas y venidas. La miró. Miró su frente. Vio el pelo encanecido, despeinado por un viento de seca-

Eloy Tizón



Eloy Tizón (Madrid, 1964) empezó, como casi todo el mundo, por la poesía, y publicó, a los veinte años, el conjunto de poemas en prosa *La página amenazada* (Arnao). En 1992 comenzó su periplo narrativo con un libro de cuentos, *Velocidad de los jardines* (Anagrama) que tuvo una excelente acogida crítica. Su obra se completa con dos novelas (ambas en Anagrama): *Seda salvaje* (1995), centrada en la obsesión del protagonista por las demás personas, y *Labia* (2001), un libro en cierto modo coral acerca de un muchacho que en el Madrid de los años setenta encuentra un camino que lleva al tiempo de Carlomagno, para aprender caligrafía y conocer a la princesa Mármara. Cada libro suyo ha resultado ser un viaje al corazón de las luces y las sombras interiores.

dor, el pelo que para su sorpresa ya no era teñido ni rubio y sobre el cual él era incapaz de recordar en qué momento había dejado de serlo. Lo que más le impresionó a Iriarte fue verla envejecer en unos pocos segundos, contemplar el desfile de caras sucesivas que ella había ido almacenando y dejando atrás en su huida hacia el futuro. Era para llorar pero él no lloró, se limitó a mover los labios frente al espejo blindado mientras el resto de empleados y clientes asistían estupefactos a la declaración de amor fuera de lugar en aquel sitio entre el antiguo inspector de equipajes y la cajera.

Ahora hay más ropa tendida en el cuarto del divorciado y Rita casi ha conseguido abolir la

monotonía de las conservas. Él le está agradecido por ocuparse de la contabilidad y del estado de sus ahorros que Iriarte fue entregándole como un pretendiente cada sábado a lo largo de nueve años sin tregua, sin saber que eran para esto y la vida en común da señales de que ha comenzado a arreglarse.

A veces se producen discusiones seguidas de un solo portazo pero eso entra en la lógica de las cosas, se habla y todo se soluciona, para eso somos humanos. De cuando en cuando el correo trae alguna oferta interesante para Iriarte y él es moderadamente feliz al pensar que podría conseguir otro empleo si quisiera, cuando quisiera, y volver a reunir un nuevo millón de pesetas, quizá con suerte hasta dos. A Rita, sin embargo, no le agradan los loros.

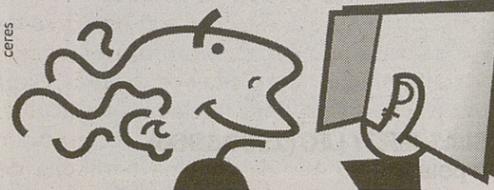
DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Camafeo: Figura tallada de relieve en ónice u otra piedra dura y preciosa.

Limbo: Lugar donde, según la Biblia, estaban detenidas las almas de los santos y patriarcas antiguos esperando la redención del género humano. Lugar adonde, según la doctrina tradicional cristiana, van las almas de quienes, antes del uso de la razón, mueren sin bautismo.

Apostura: Gentileza, buena disposición a la persona. Actitud, además, aspecto.

Portafolio: Cartera de mano para llevar libros, papeles, etcétera.

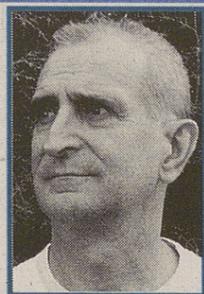


Érase una vez, en verano...

«Existe una identidad entre el amor y el arte, en ninguno de los dos cabe la voluntad».
Juan Belmonte. Matador de toros. (1892-1962).

CITAS ILUSTRES

Ilustradas

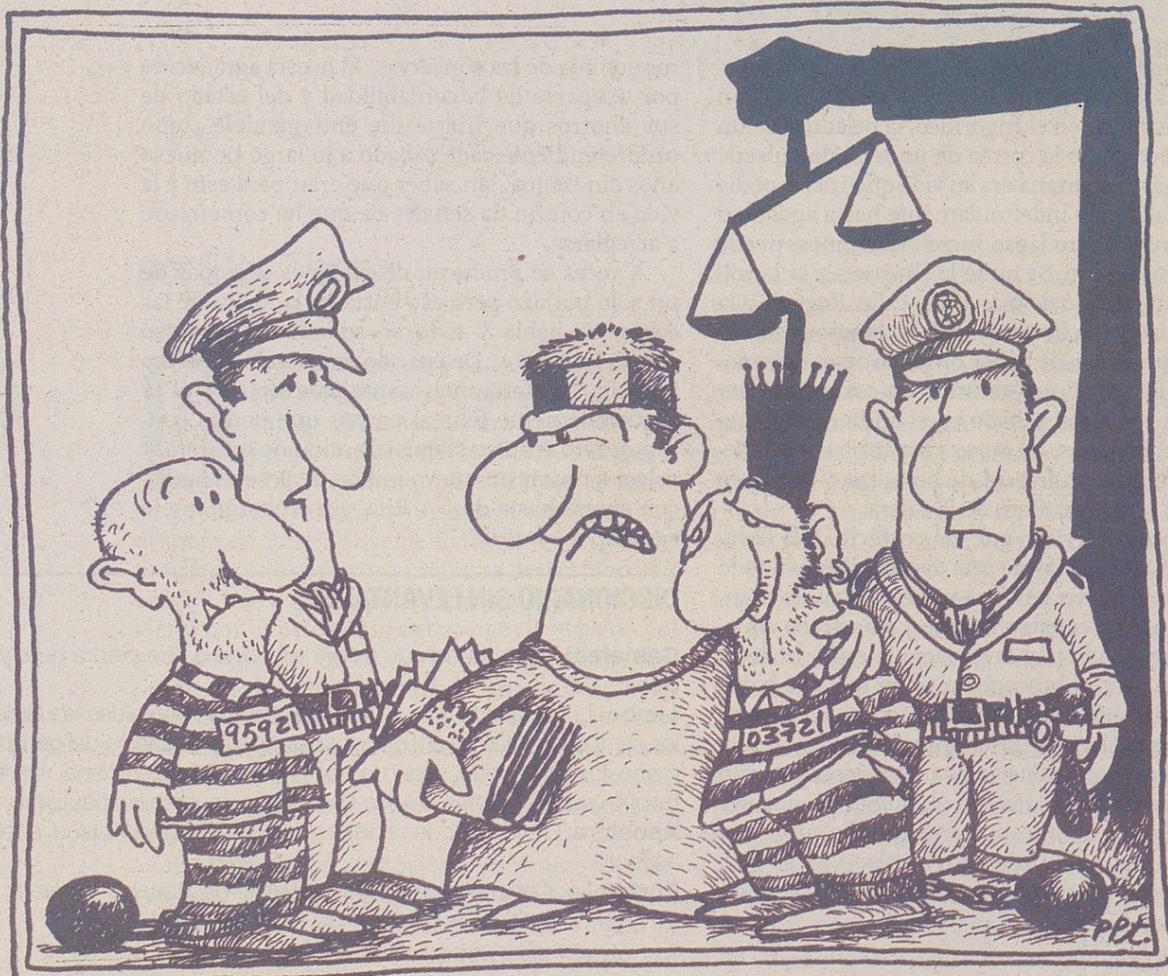


Texto: José Luis Serna
Dibujo: PPT

Yo no quiero ser juez, o mejor dicho, no quiero juzgar a nadie en casos en los que mi decisión, mi juicio tenga una cierta repercusión sobre la persona juzgada. No quiero formar parte de un jurado popular en el que se decide si una persona es culpable o inocente de un asesinato o una barbaridad de menor rango. No quiero tampoco formar parte de un tribunal de oposiciones en el que los opositores vierten el resultado de años de estudio y se juegan en el poco tiempo que dura el examen gran parte de su futuro o una forma de vida. No quiero ser uno de los miembros de un jurado que premie a unos artistas plásticos según hayan utilizado el color azul, el rojo, o su estructura se parezca más a la de Rembrandt o a la de Barceló. No quiero juzgar a mis amigos por sus comportamientos porque, de hacerlo, estaría limitando su libertad e intentando que su forma de actuar fuera como la mía. No quiero juzgar nunca a nadie porque soy imperfecto, mi capacidad no llega a la plenitud de la bondad, de la tolerancia, de la sabiduría, del conocimiento de las leyes o de las tradiciones, de la intencionalidad del juzgado, del aprovechamiento de la sentencia, de

la posibilidad de redención e inserción, del discernimiento sobre la influencia que en la persona juzgada han tenido familiares, amigos, medios de comunicación o sociedad en general, incluso desconozco si su manera de actuar hubiera sido la misma de haber disfrutado de mayor inteligencia o diferente extracción social, algo ajeno a su voluntad a la hora de proceder en el caso juzgado. No quiero juzgar a nadie pero soy consciente de formar parte de una sociedad en la que interactúo y tampoco quiero, ni puedo, huir del compromiso social que me corresponde, lo que me lleva a emitir juicios frecuentes. Así juzgo a personas, opiniones, instituciones, ideas, actitudes, trabajos, calidades, intenciones y comportamientos. Lo juzgo todo. Y puesto que yo, como ustedes, ejercemos de jueces en nuestras vidas es conveniente que reflexionemos sobre el concepto de justicia. Atrás, escondida en la historia, se ha quedado la idea de que justicia es dar a todos lo mismo. No hay mayor injusticia que tratar de forma igualatoria a personas afectadas por diferentes circunstancias. Unos padres no deben asignar la misma 'paga' a

un hijo de tres años que al que tiene diecisiete. Un profesor no debe intervenir de la misma forma con una criatura de escasas aptitudes que con quien es muy capaz de abordar el futuro con garantías de éxito. Domicio Ulpiano, jurista romano del siglo tercero decía que justicia era la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo suyo. Una conducta justa es aquella que cumple la normativa a la que se refiere un determinado orden jurídico, aquella que aplica el derecho y la razón. Por ello la creación de este orden jurídico tiene una importancia capital ya que va a ser el cauce por el que navegue la sociedad manifestando a los ciudadanos cuáles son los límites de sus actuaciones y sus derechos. Este ordenamiento jurídico puede tener diferentes ámbitos de competencia relacionados, por lo general, con las fronteras y los dominios, es decir, con el poder. De esta manera un derecho aceptado por la mayoría de los humanos, como es el derecho a la vida, es vulnerado por algunos países que aplican la pena capital dictada y ejecutada por instituciones del propio estado, ajustando esta vulneración a lo legislado en su código nacional de justicia, lo que convierte al asesinato de estado en un hecho legal y justo, es decir, ajustado a la normativa jurídica. Otro ámbito de competencia del ordenamiento jurídico es el familiar. Cada familia debe estar inmersa, por una parte en la normativa general de su comunidad o estado, y por otra puede estarlo en su propia normativa en la que los padres establecen con los hijos menores de edad los límites de su comportamiento, no fumar, no beber alcohol, no consumir estupefacientes, tener respeto hacia los demás, etc. Con los hijos mayores de edad se puede llegar al consenso en la legislación familiar de deberes y derechos para que la convivencia sea justa, equitativa y armoniosa. La cuestión por determinar aquí es saber a quién le corresponde aplicar la ley pactada, a hijos adultos o a padres. Desde mi punto de vista a los padres que, aunque se convierten en «juez y parte» del proceso, les avala la experiencia y la autoridad, concepto tan denostado en nuestros días como necesario para que cualquier sociedad pueda convivir adecuadamente. Persona justa es aquella que tiene todas las virtudes y puesto que no es mi caso me declaro mal juez, aunque le ponga buena voluntad. Mucho peor es el caso de los jueces prevaricadores que aplican mal las leyes, conscientes de hacerlo, para obtener beneficios. Todos somos iguales ante la ley, pero ante los encargados de aplicarla ...



TODOS SOMOS IGUALES ANTE LA LEY, PERO
NO ANTE LOS ENCARGADOS DE APLICARLA.
(J.LEC)

STANISLAS JERZY LEC (1909-1966).
Escritor polaco.